



envenenado, en 180, á la edad de veintinueve años, y despues de haber reinado veinticuatro. Dejó por sucesor á su hijo primogénito Ptolomeo Filometor, que apenas contaba cinco años de edad, y que estuvo del mismo modo que su padre bajo la tutela de una regencia y la proteccion de Roma, hasta la edad de catorce años, época de la mayor edad para los reyes de Egipto. Reinó treinta y cinco años, pero fueron interrumpidos por un interregno de su hermano Evergetes II ó Fison. Filometor tuvo por preceptor á Aristóbulo, sacerdote de la raza de Aaron, y filósofo de la escuela de Aristóteles. El maestro dedicó á su discípulo una especie de comentario sobre los libros sagrados de los hebreos. Consideraba como una cosa incontestable que Pitágoras y Platon habian tenido conocimiento de ellos. Ya antes de Demetrio de Falereo, y aun antes del imperio de Alejandro y de los persas se habia traducido al griego lo que concernia á la salida de Egipto, las manifestaciones ó epifanias de la Divinidad, la entrada en la tierra prometida, y el sumario de toda la ley. Despues, añadía, bajo Ptolomeo Filadelfo, vuestro abuelo, y por los desvelos y cuidados de Demetrio, se hizo una interpretación completa de toda ella. Cuando allí habla de la voz de Dios, no hay que imaginarse un sonido que pasa, sino la creacion misma de la cosa. Pitágoras, Sócrates y Platon me parece que lo habian entendido así, cuando decian que habian oido la voz de Dios, contemplando el universo que ha producido y que conserva. Orfeo se expresaba en el mismo sentido. Sobre cuyo punto cita los versos de este poeta, como igualmente los de Arato, citados despues por San Pablo. Lo que estos poetas dicen de Zeus ó Júpiter lo recibimos con ciertas restricciones: su pensamiento se eleva hasta Dios, pero segun confesion unánime de los filósofos, es necesario tener de Dios nociones santas. Esto es precisamente lo que hace nuestra ley maravillosamente, porque se refiere á él completamente. Habla despues de la creacion de los seis dias, y del descanso del sétimo, cuya santidad demuestra estar reconocida por los poetas. Esto es lo que hay más notable en el fragmento que Eusebio nos ha conservado de su obra (1).

Cuando se considera que todo esto se escribia, que todo esto se enseñaba por un descendiente de Aaron, en la córte de los Ptolomeos, en el mismo palacio en que estaban reunidos los primeros sábios del mundo, no se puede menos de admirar los cuidados de la Providencia en hacer brillar la verdad allí donde el error podia hacer mayor mal.

(1) Euseb., *Præp.*, l. 13, c. XII.

Más tarde, bajo el gobierno de Júdas Macabeo, del año 166 antes de Jesucristo al 161, cuando contaba Filometor de veinte á veintiseis años, Júdas y el pueblo de Jerusalem escribieron una carta á su preceptor Aristóbulo.

Bajo el reinado del mismo principe el Egipto recibió del cielo un favor todavía más singular; en medio de él se levantó un templo al verdadero Dios.

Onias, hijo del gran sacerdote Onias III, habiendo sido impedido por sus tíos el suceder á su padre, desterrado en Antioquia, se retiró á Egipto, ganó la voluntad de Filometor y de su mujer Cleopatra, mandó los ejércitos, administró importantes negocios con el mejor éxito.

En el colmo del favor, pidió y obtuvo el permiso de construir un templo para los judíos de Egipto, parecido al de Jerusalem, y del cual serian grandes sacerdotes él mismo y sus descendientes.

Estando entonces Jerusalem en poder de los reyes de Siria, estaba en interés de Ptolomeo el presentar á los judíos en Egipto tambien las ventajas religiosas que iban sin esto á buscar á Judea. Onias era entonces gobernador de la provincia de Heliópolis. Allí, pues, construyó un templo segun el plano del de Jerusalem, pero un poco menos grande y menos esplendido; colocó en él un altar de los holocaustos, otro de los perfumes, una mesa de los panes santificados, con todos los utensilios necesarios; únicamente reemplazó por una lámpara el candelabro de siete brazos. Cuando se acabó el templo, le cercó con unas murallas muy altas, en él colocó sacerdotes y levitas para hacer todo lo mismo como en el de Jerusalem. En fin, pobló de judíos toda la provincia (1). Este singular suceso le habia predicho el profeta Isaías cinco siglos antes, en estos términos: «En aquel dia habrá cinco ciudades en el país de Mizraim que hablarán la lengua de Canaan y que jurarán por Jehováh Sabaoth, y la una se llamará ciudad del Sol ó Heliópolis. En aquel dia habrá un altar á Jehováh en medio del país de Mizraim y un monumento á Jehováh en la frontera (2).»

Mientras que un sacerdote de Aaron, el sacerdote Aristóbulo, enseñaba en la córte de los Ptolomeos la divina sabiduría y la humana; mientras que un legítimo sucesor de Aaron levantaba al Eterno un templo en Egipto, otro sábio fué de Jerusalem al mismo país y compuso en él un libro que la Iglesia venera en el número de los libros divinamente inspirados. Éste fué Jesús, hijo de Sirac.

(1) Josefo, *Anti.*, l. XIII, c. VI.

(2) *Is.*, XIX, 18 y 19.

III

Filósofos, poetas é historiadores de la gentilidad.—Corporaciones filosóficas y filósofos principales.—LA CHINA.—Lao-Tseu.—Confucio.—Discipulos de Confucio.—Ineficacia de la filosofía en China.—Estado actual de la China bajo el punto de vista moral.—La INDIA.—Omnipotencia moral de los filósofos en la India.—Riqueza literaria y pobreza histórica de este país.—Exageracion de la idea de Dios.—Sistema doctrinal de los indios.—Las nueve encarnaciones de Vishnu.—Budha.—El Dalai-Lama.—Los brahmanes.—Libros sagrados de la India.—LA CALDEA y LA PERSIA.—Los Magos.—Zoroastro.—Doctrina del Zend.—Avesta.—EL EGIPTO Y LA ETIOPIA.—Los libros de Hermes.

Donde terminan los profetas de Israel, allí comienzan los filósofos, los poetas y los historiadores de las naciones. Los profetas se suceden desde Adán hasta Malaquías, á través de un espacio de treinta á cuarenta siglos.

Los sábios, comunmente llamados filósofos, comenzaron como unos seis siglos antes de Jesucristo y concluyeron seis siglos despues. Los principales son: Lao-Tseu, Cong-Futseu ó Confucio y Meng-Tseu, entre los chinos; Zoroastro y Hostanes, entre los persas; Tales, Heráclito, entre los griegos del Asia; Anaxágoras, entre los griegos de Europa; Pitágoras, Jenófanes, entre los griegos de Italia; Empedocles, entre los griegos de Sicilia; Sócrates, en Atenas, así como Platon, Aristóteles, Zenon, Aristipo, Diógenes, Epicuro, Pirron, etc.; Ciceron, entre los romanos.

Cuando se predicó el cristianismo, muchos filósofos le abrazaron. San Pauteno, á quien los pueblos de la India le hicieron ir de Alejandria para instruirlos en el Evangelio, fué un filósofo estóico; San Aristides, que presentó una apología de la religion cristiana al emperador Adriano, era un filósofo de Atenas; el santo mártir Justino, que presentó igualmente una apología al emperador Marco-Aurelio, era platónico y seguía como San Aristides, llevando la capa de filósofo. Los que no abrazaron el cristianismo, se apropiaron más ó menos sus doctrinas, como Séneca, Epicteto, Marco-Aurelio, Plotino, Jamblico y Proclo.

Esta especie de sucesion termina en el sexto siglo con dos ilustres católicos, Boccio y Casiodoro, ambos cónsules romanos.

A los individuos, preciso es añadir las castas ó corporaciones enteras; los brahmanes ó bramas de la India, que aún subsisten, los magos de la Persia, los caldeos de la Asiria y los sacerdotes del Egipto, y tanto más, cuanto que varios de los filósofos arriba nombrados iban á consultar á estas corporaciones.

Pero especialmente la raza de Abraham, era completamente una raza de verdaderos sábios. Tambien un filósofo de Atenas, Teofrasto, discípulo y sucesor de Aristóteles, y despues de él Porfirio, filósofo-griego de la Fenicia, cuenta á los judíos entre los filósofos. No se ocupaban más que de la divinidad, dice él. A Abraham y á su biznieta José debe el Egipto todo lo que

tiene de verdad su sabiduría. Job, su descendiente por Esaú, filosofaba con sus amigos de Teman, de Sue, de Naamath mil años antes de la Grecia. La sabiduría de Salomon causaba la admiracion del Egipto, de las islas del Mediterráneo ó de la Europa y del Asia hasta el Eufrates, cinco siglos antes que se ocuparan de Sócrates. Cuando se levanta este imperio universal, que debe contribuir por la fuerza á unir todos los pueblos, un profeta ó sábio de Israel, Jonás, fué enviado á Nínive, su primera capital, para que predicara la penitencia, ó la vuelta á la verdadera sabiduría. Y su palabra fué más eficaz que lo fué nunca la de los sábios de Atenas y de Roma.

Tobias, en la córte de Salmanasar, dió allí sus enseñanzas con sus discursos y con su ejemplo. Este imperio es trasportado á Babilonia, y Daniel y sus compañeros allí acuden para arrebatarse con sus enseñanzas sobre todos los sábios de Oriente. Daniel se hace el jefe de los magos. Su fama se extiende por todas partes. Se le echa en cara al rey de Tiro el exceso de su orgullo, por quererse comparar en sabiduría á Daniel. Este profeta y los demás compañeros son filósofos ó amantes de la ciencia, no sólo en palabras, sino en obras. Para colmo de sus honores, se dejan arrojar al horno y á la fosa de los leones, antes que retener la verdad cautiva, y antes que dar á la criatura el culto debido á Dios; y los edictos del rey anuncian el triunfo de su sabiduría á todos los pueblos de la monarquía universal. Por último, esta monarquía pasa de los babilonios á los persas, y Ester y Mardoqueo, cuyas tumbas se veneran aún hoy en Oriente, suceden á Daniel; publican la sabiduría de los hebreos en las ciento veintisiete provincias, entre las cuales se comprenden la India y la Etiopía.

La gran gloria de este pueblo verdaderamente filósofo, verdadero amante de la sabiduría, es que durante los quince siglos antes de la sabiduría encarnada, fué el único pueblo de la tierra que profesó públicamente el culto del verdadero Dios. Verdad es, dice Bossuet, que desde la ley de Moisés los paganos habian adquirido una facilidad más grande para conocer á Dios por la dispersion de los judíos, y por los prodigios que Dios habia hecho en su favor, de suerte que el número de los particu-



lares que le adoraban entre los gentiles, es quizá mayor de lo que se cree; pero que pueblos enteros hayan abierto los ojos á la verdadera religion, es de lo que no se ve siquiera un ejemplo (1). Si los reyes de Persia ó de Siria dan órdenes para reconstruir el templo de Jerusalem, ó para ofrecer en él sacrificios al verdadero Dios, esto no prueba que sus pueblos ni que ellos mismos profesasen su verdadero culto. Porque, como dice Bossuet, es ignorar los primeros principios de la teología el no querer oír más que la idolatría, adorar todo, tanto al verdadero Dios como á los demás (2). San Pablo establece la misma verdad en su Epístola á los Romanos. «La fuerza del argumento de este apóstol, dice también Bossuet, consiste en que hace ver por una parte la criminalidad de los gentiles por no servir al Dios que ellos conocían, lo que fué causa de todos los demás crímenes de que el mismo apóstol da cuenta, y por otra parte, que los judíos no eran menos culpables por haber sido prevaricadores de la ley: lo que hace ver que todo lo que no es judío es idolatría, á pesar del testimonio de su conciencia, puesto que Dios se ha dado á conocer igualmente á todas las naciones por las obras de su sabiduría» (3). San Agustín resume y distingue esto maravillosamente en su comentario sobre las palabras del salmo, *Dios conocido en la Judea*. Tal es la fuerza de la verdadera divinidad que no puede ocultarse á la criatura razonable, luego que llega al uso de la razón; pues que exceptuando un pequeño número en quienes la naturaleza está depravada, todo el género humano confiesa á Dios, autor de este mundo. Considerando á Dios como autor de este mundo, y contemplando el cielo y la tierra, ya era conocido por todas las naciones, aun antes que fueran instruidas en la fe de Cristo; pero atendiendo á que no debe ser adorado injuriosamente con las falsas divinidades, Dios era solamente conocido en la Judea (4).

Estas distintas verdades van á ser comprobadas hasta en sus pormenores por el examen de los principales pueblos de la antigüedad.

LA CHINA.

Como unos cien años despues que las diez tribus de Israel, entre las cuales se hallaba Tobias, se dispersaron hasta la India y quizás hasta la China, durante los muchos años que el profeta Daniel, jefe de los sábios de la Caldea y de la Persia, gobernaba el imperio de la Asiria, y el poder del verdadero Dios era anunciado públicamente por toda la tierra, florecía en la China y viajaba por el Occidente el más antiguo filósofo de los chinos. Su nombre es Lao-Tseu, que vale tanto como hijo de la antigüedad. Nació hacia el 600 (antes de Jesucristo) y vivió hasta el 500, contemporáneo de los profetas Daniel y Ezequiel, y también del filósofo Tales y de los siete sábios de Grecia.

Como había habido en Israel escuelas de pro-

(1) Bossuet, Carta 257 á M. Brisacier.

(2) Carta 256 al mismo.

(3) Bossuet, Carta 257 al mismo.

(4) *In Johan. Tractat.*, 106, n. 4.

fetas, en la China había también habido lo que allí se llamaba *Yu-hiao*, casa de sábios. Esta palabra debe tomarse aquí, no por una morada material, sino como sucede á menudo en la Escritura, por familia, sociedad. Estos sábios vivían, la mayor parte, al ménos por algun tiempo, en la soledad, en las montañas, entregados á la contemplación. Eran consultados frecuentemente por los príncipes, y los ayudaban con sus consejos para que gobernaran acertadamente.

El principal objeto de su contemplación era el *Tao*, que en chino tiene absolutamente el mismo sentido que el *logos* en griego y en el Evangelio de San Juan, es decir *Verbo, razon, palabra*. Uno de los primeros emperadores, Hoang-ti, habiendo preguntado á uno de sus antiguos solitarios qué era el *Tao*, despues de tres meses de reflexión, les respondió: «El *Tao*, el Verbo, es oscuro y oculto: no le podeis ver ni oír; está siempre en reposo y siempre está sin mancha; no trabaja ni se mueve aunque es lo más sutil; todo lo prevé dentro de sí mismo; está profundamente oculto por el exterior; hace todo lo que nace y muere (1).

Veamos las ideas que nos dan del sábio los antiguos monumentos de la China.

El *Tao*, el verbo, es el principio, el medio y el fin de todas las cosas; el sábio ó el *Yu* se conserva constantemente como en el invariable medio: se halla contento con todo, porque tiene siempre lo que desea (á saber, lo que es razonable). Los antiguos enseñan, dice el *Li-hé*: «El sábio, el *Yu*, no se dedica más que á conocer la verdad y á crecer en la virtud. Hablar de él, es querer penetrar en lo infinito; algunos rasgos lo indican. La mirada del sábio se dirige continuamente á la verdad; noche y día va en pos de ella, á fin de purificar sus conocimientos y sus acciones, ó sus rayos celestiales. Dispuesto á consagrarse al príncipe, emplea sus talentos por cada uno de sus semejantes y por la patria; pero no les estima lo bastante para querer imponerles á nadie, espera una vocación.

Un *Yu* no busca en sus vestidos sino con que cubrirse convenientemente, y en su casa un abrigo. Desprecia lo delicado de los manjares, se olvida algunas veces de comer en días enteros, sufre con paciencia el frío y el calor, ama y espera la muerte, trabaja sin cesar por su perfección. La virtud es su tesoro: hé aquí lo que él desea ver aumentado, no los bienes exteriores; su alma es la que cultiva. Un *Yu* vive con los hombres de su tiempo, pero sigue la doctrina del mundo primitivo; es en su siglo el modelo de los siglos siguientes. En los tiempos de desorden y de corrupción no se le podría hacer aceptar un empleo; apenas se atreven á ofrecérselo; todos los enemigos del imperio y de la virtud son los suyos, y conspiran contra él. Ni su número ni su esfuerzo podrían hacerle entrar en sus miras. Cuanto más tierna y manifiesta á la desgracia pública es su alma, tanto más apartada está del vicio. Ve la muerte con mirada tranquila; se le

(1) Windischmann, *La Filosofía en la progresión de la Historia del Mundo*, t. I, p. 410 (en alemán).



puede matar, pero no arrastrar á lo que es indigno de él. En la felicidad y en la desgracia, el *Yu* es siempre el mismo: adelanta lentamente, pero no retrocede ante el peligro. La franqueza es su casco, la confianza su coraza; la obediencia á la ley y la buena conducta su lanza y su maza; tampoco teme ni al más sanguinario tirano. El *Yu* es sensible y tierno. Se avergüenza de sus faltas, pero no de las faltas del amigo. Las penas y las alegrías del amigo son las suyas; las lleva en su corazón, y expone por ellas su vida cuando es necesario. La ciencia del *Yu* es grande; pero no trata de hacerla más extensa de lo que sería infructuoso, y no pierde el tiempo en sueños. Firme en su manera de pensar, nada arriesga con ligereza; teme la ilusión. Se le puede contradecir sin desagradarle. Modesto sin afectación, disminuye su grandeza, ocultándose en sí mismo; á primera vista parece sin talento; tanto teme hablar como gusta estar callado. Es complaciente, cede muy gustoso, perdona, olvida las ofensas, compadece las debilidades de otro sin hacer violencia á su carácter. El camino del cielo, dice el *Y-King*, es fácil y puro; el camino del sábio es de aplicación, y pide perseverancia. «Los sábios, añade una glosa, han considerado siempre la privación como una felicidad, y las dulzuras de la vida como una desgracia. El sábio, dice más adelante el *Y-King*, debe purificarse y renunciarse á sí mismo (1).»

Tal es el retrato ideal que los antiguos chinos nos han dejado del sábio y de sus deberes.

Pero como en Israel había habido falsos profetas, que en lugar de reprender por sus extravíos á los pueblos y á los reyes, no pensaban más que en adularles para ganar sus favores, así se vieron falsos sábios ó sofistas en la China, especialmente en la anarquía feudal, que la dividía y desolaba en tiempo de *Lao-Tseu*. Se formó un nuevo *Yu-Kiao*, una nueva casa de sábios, que se hizo poco á poco una escuela de corte y de administración. El poder del cielo ó de Dios se había relegado al olvido, la antigüedad estaba descuidada; se dijo: El sábio no toma de otro su política, la encuentra en su corazón; el que edifica en los pensamientos de otro, edifica en la arena. El sábio es él mismo; la preeminencia de sus miradas le distingue de la multitud, y su conducta expresa su grandeza (2).

En medio de las funestas innovaciones que engendraba este espíritu de orgullo, *Lao-Tseu* emprendió el restablecimiento del verdadero misterio de la antigua sabiduría, la doctrina del *Tao* ó del Verbo Eterno, su elevación á la naturaleza y espíritu del hombre, y se opuso á la nueva escuela de letrados de la corte, como un sábio de la escuela primitiva. Apesadumbrado al ver que todos sus esfuerzos no habían dado resultados, abandonó la corte imperial de Theu, en la que era historiógrafo, y al fin todo el imperio, por seguir la sabiduría en el

(1) Windischmann, t. I, pág. 238 y sig. *Memorias concernientes á los chinos*, t. VIII, IX, et X.

(2) *Ibid.*, t. I, p. 391.

Occidente. Este era el tiempo en que Daniel ocupaba la jefatura de los caldeos y magos. Uno de los más sábios orientistas de nuestros días entiende que pudo venir hasta la Grecia y Atenas, como vino por este tiempo el escita Anacarsis.

Sin embargo, á los ruegos de uno de sus amigos concluyó el *Libro de la razon y de la virtud*, *Tao-te-king*, como un monumento de profunda especulación, á manera de los antiguos. Este libro aún existe. Como en el *Chu-King* de Confucio, el *Tao* ó el Verbo es allí la condición fundamental de la existencia, el principio y la verdad de todas las cosas. *Tao* quiere decir también palabra; además, segun su carácter escrito, que se compone del carácter del movimiento y del de la cabeza, significa también jefe que mueve todo, el primer motor, el principio y el comienzo. «Lo que el *Y-King* llama cúpula, dice un sábio chino, lo que Confucio llama principio, Lao-Tseu llama también, siguiendo el antiguo uso, *Tao*, la razon.»

En qué sentido se debe tomar, se ve desde del principio del *Tao-te-king*, en donde se dice: «El *Tao* puede ser nombrado, pero con un nombre que no se haya oído. Sin nombre es el principio del cielo y de la tierra; con nombre es la madre de todas las cosas. Por lo cual debemos estar sin pasión para meditar su gloria.» Sobre estas palabras *con nombre y sin nombre*, el comentador chino da la explicación siguiente: «En sí mismo y en su esencia, el *Tao* (el Verbo) no tiene nombre, porque es ante todo; él existía antes de todos los seres. Pero cuando el movimiento (el tiempo) hubo comenzado y el ser salió de la nada, pudo recibir un nombre. Es necesario estar sin pasión en el alma para concebir la esencia del *Tao* (del Verbo), lo que era antes del origen de las cosas, cuando no había pensado ni obrado en el sentido de las criaturas). Pero nuestras mismas pasiones nos hacen ver un segundo estado ménos perfecto del *Tao* (del Verbo) en los seres de quien es la madre.

«Antes del caos que ha precedido al origen del cielo y de la tierra, dice también Lao-Tseu, existía un solo ser, inmenso y silencioso, inmutable y siempre activo, sin que jamás sufriera alteración. Puede considerarse como á la madre del universo. Ignoro su nombre, pero yo le designo con el nombre de *Tao* (Verbo, razon).

«El hombre se acomoda á la medida de la tierra, la tierra á la medida del cielo, el cielo á la medida del *Tao* (del Verbo), el Verbo á la medida de sí mismo. El universo entero se acomoda al Verbo, á la razon eterna, que no refiriéndose más que á sí misma, es su propia medida y su propio modelo, como también la medida y el modelo del cielo y de la tierra.

Los sábios de primer orden escuchan al *Tao* (la razon), y á él conforman sus acciones. Los del segundo orden le escuchan, pero unas veces siguen sus inspiraciones, y otras las desechan. Los del tercer orden le oyen hablar, pero se rien de él, ó si no se rien, no piensan bastante en que es el *Tao* (la razon).

El *Tao* (la razon) ha producido uno; uno ha producido dos, dos han producido tres, y tres



han producido todas las cosas. Un comentador añade: «El uno es el Tao, que cambia la nada en ser; los dos son las dos reglas primordiales, y los tres esta misma dualidad con el soplo que les une, ó la armonía; la unidad de estos tres constituye todas las cosas.»

Al que mirais y no veis se llama *J*; al que escuchais y no oís se llama *Hi*; al que busca vuestra mano y no puede tocar se llama *Wei*. Estos tres son incomprensibles, y unidos no constituyen más que uno. El que está sobre todos no es más esclarecido; el que está en grado inferior no es más oscuro. Siguiéndose sin interrupción, no pueden ser nombrados. Esto es lo que se llama forma sin forma, imagen sin imagen ó impenetrable. Si vais á su encuentro no podeis ver su rostro, le seguís y no veis su dorso.»

El sábio que ha sido el primero en darnos á conocer este pasaje, observa que los tres caracteres empleados para formar las palabras *J*, *H*, *Wei*, no tienen ningun sentido; son simplemente signos de sonidos extraños á la lengua china, bien se les pronuncie juntos ó bien se tomen separadamente las iniciales *J*, *H*, *V*, que los chinos no saben separar al escribir; el nombre *J-Hi-Wei*, ó *Jhv*, es el mismo nombre de *Jehováh*, nombre sagrado que Dios se da á sí mismo en la Escritura.

«El que se une al Tao (al Verbo), dice además Lao-Tseu, es un verdadero sábio y santo. Debe estar exento de pasión, estimar en poco todos los bienes y honores, no ser sensible siquiera á la bondad del hombre ni al amor de sus propios hijos; su ocupacion consiste en la contemplacion del espíritu, de su ley y del silencio. No le debe afligir lo que existe, debe vivir como si no viviera, compadecerse de los demás y de todo cuanto existe (1).»

En un libro de *Las Recompensas* y de *Las Penas*, atribuido á Lao-Tseu, pero que es de alguno de sus discípulos, se lee entre otras cosas lo que sigue:

«El camino de la felicidad y de la desgracia no es indiferente. El hombre se labra á sí mismo una ú otra. La recompensa del bien y el castigo del mal, son como la sombra que sigue al cuerpo, tan ajustados á la forma como á la estatura.»

«Se puede seguir á la razon (el Verbo), cuando no se está ciego por el mal, ó cuando no es porfiado en seguir un mal consejo, cuando es sinceramente piadoso y amigable, cuando se reprende á sí mismo y trata de ceñirse á los demás, cuando está poseído de una tierna compasion por las viudas y huérfanos, cuando siente la desgracia del prójimo y se deleita en su felicidad, cuando ayuda á otro en sus necesidades, le aparta de los peligros y considera el bien que le viene como si fuera el propio, cuando considera su desgracia como la suya propia, no revela sus defectos y no se envanece de su propia perfeccion, cuando en la distribucion deja á los otros la mayor parte y guarda para sí la más pequeña, cuando sabe conllevar las ofensas y recibe con temor saludable las re-

(1) Abel Remusat, *Memoria sobre Lao-Tseu*; Windischmann, p. 399.

preensiones que le hagan: entonces se encuentra honrado de todos y protegido por el Tao ó el Verbo celestial, acompañado de la felicidad y de la verdadera riqueza. Huid de todo aquello que sea impuro. Los buenos espíritus velan todas las acciones. El que así obra se hará tambien un espíritu, ó al ménos un inmortal.

«Por el contrario, rebelarse contra la justicia, no hacer caso de la razon, ser poderoso para el mal, tender lazos crueles y funestos á los virtuosos, desobedecer en el secreto del corazón á los príncipes y á los padres y madres y herir así su propia carne y sus propios huesos, abusar de la fe de los sencillos, esparcir vanas mentiras y complacerse en engañar, faltar unas veces y excederse otras de las reglas de lo justo, decir mal por detras y adular por delante, recibir el beneficio sin mostrarse agradecido y guardar la venganza en el corazón, despreciar al pueblo del cielo (las viudas y los huérfanos), turbar el orden del imperio, recompensar á los indignos y castigar á los inocentes, inmolar á los que se someten y dar muerte á los que se rinden voluntariamente, humillar á las gentes de bien y deponer á los sábios, reconocer sus vicios y no pensar en corregirlos, conocer la virtud y no ponerla en práctica, acumular á otro sus propios defectos, hacer traicion á los secretos de otros, engañarles, ofenderles, quejarse con ellos y querer siempre llevar la razon, causar daños en las frutas del campo, perseguir á los inocentes animales, y en particular dar muerte á las hembras cuando están cubiertas ó empollando, ó solamente apoderarse de sus nidos, ser ingrato y sin pudor, tener un corazón pérfido y dirigir impúdicas miradas sobre la mujer de otro, desear la muerte de aquellos á quienes se la debemos ó de quienes tenemos que esperar algo, atribuir á la ligera las desgracias de otros á sus propias faltas, burlarse de sus defectos corporales, disimular sus buenas cualidades, declararse en contra de las tradiciones de los antiguos y resistir á su padre ó en general á otro de más edad y excitar su cólera, ser partidario de la violencia, del robo, de la disipacion y de la mentira, ser injusto en la recompensa y en el castigo, sembrar el terror, blasfemar del cielo y acusar á los demás, encolerizarse contra los tiempos (cuando uno mismo tiene la culpa), olvidar la antigüedad con innovaciones, decir con la boca lo que el corazón no siente, llevar en el corazón el veneno y en el semblante la benevolencia, tomar el cielo y la tierra por testigos de los malos pensamientos y cometer acciones criminales á la vista de los espíritus, abandonarse excesivamente á las voluptuosidades, manchar la comida de los demás y hacerlos pasar hambre ó alimentarlos con falsas doctrinas, tener pesos y medidas falsas, pedir siempre y no satisfacer nunca, jactarse y darse aire de grande y llevar siempre la envidia en su corazón, amar y aborrecer por interés propio, hacer mal á los niños y maltratar á los recién nacidos: estas acciones merecen ser castigadas siguiendo el grado de resistencia á Tao, acciones que abrevian la vida y anticipan la muerte; aun después de la muerte, el



castigo, si no se ha expiado del todo, pasa á los hijos y nietos; el espíritu, muerto en sí mismo, anda errante tambien largo tiempo al rededor de las tumbas ó en los elementos, y aparece en diversos fantasmas.

Los espíritus recogen los buenos pensamientos, así como reprueban y persiguen los malos. El bien sigue al arrepentimiento; esto es lo que se llama la conversion del mal al bien. El hombre verdaderamente feliz y bueno, ve el bien, pronuncia el bien y obra el bien, y se une después de la muerte con los santos; el desgraciado, por el contrario, el malo ve el mal, pronuncia el mal y le pone en práctica, y se une con los espíritus malos. ¿Cómo no practican la virtud? (1).

Veremos después lo que fué la filosofía de Lao-Tseu en manos de sus discípulos.

Confucio ó Con-fu-tseu, y por abreviacion *Cung-tseu*, cuyos descendientes subsisten aún en la China, nació el año 551 y murió el 479 antes de la era cristiana, contemporáneo de los profetas Daniel, Ezequiel, Ageo, Malaquías, Esdras y del filósofo griego Anaxágoras. Viajó mucho, ocupó en diferentes ocasiones las más elevadas magistraturas, experimentó desgracias, le faltó algunas veces lo más necesario, vivió en la soledad y en ella murió, á la edad de setenta y tres años, después de haber redactado ó ordenado los libros canónicos de la China. Se habia propuesto el mismo fin que Lao-Tseu, restablecer la doctrina de los antiguos, estableciendo las costumbres públicas y privadas, pero tomó un camino diferente. Lao-Tseu habia comenzado por lo que hay de más elevado, por la doctrina del Tao ó del Verbo en toda su sublimidad. Pero los hombres de su tiempo no eran ya capaces de tan altas contemplaciones. No hubo más que algunos individuos de la casa de los sábios que la pudieran gustar. Kung-Tseu resolvió tomar sus contemporáneos de donde estaban, para llevarlos desde luego con sus palabras y con sus ejemplos á una reforma moral y ritual y elevarlos gradualmente á las regiones de la inteligencia.

A la edad de treinta ó treinta y cinco años fué á buscar á Lao-Tseu para consultarle sobre los ritos de los antiguos. El anciano, que conocia y despreciaba á su siglo, le respondió irónicamente: «Tiempo hace que los hombres de quienes hablais ya no existen; tiempo hace que sus huesos se hallan reducidos á polvo, tan sólo quedan de ellos algunas máximas estériles. El sábio debe seguir al tiempo y acomodarse á las circunstancias, aprovecharse de ellas si son favorables, y librarse de la tempestad en el caso contrario. Se guarda con esmero un tesoro que se acaba de descubrir y nada se deja de manifestar; así, la virtud principal consiste en aparecer como un insensato. Abandonad este exterior soberbio, estas excesivas pretensiones y estos proyectos, que después de todo, no conducen á nada. Hé aquí lo que puedo deciros; aprovechaos de ello.»

No se sabe qué efecto produciria en el alma

(1) Abel Remusat, *Premios y castigos*, traducida del chino; Windischmann, págs. 414 y siguientes.

de Confucio esta amarga y severa respuesta. El mismo se explicó sobre esto mismo de una manera emigmática con sus discípulos, cuando dijo: «No me admiro de que los pájaros vuelen, de que los peces naden y de que los animales anden. Sé que se coje á los peces con redes, á las bestias feroces con lazos y que á los pájaros se los mata á flechazos; pero por lo que respecta al dragon, no sé cómo es llevado á través de los aires y de las nubes y cómo se remonta hasta el cielo. He visto á Lao-Tseu; es parecido al dragon (1).»

Cuando se piensa que en el antiguo simbolismo de los chinos el dragon era un emblema de los espíritus celestiales, Lao-Tseu no se halla rebajado por esta comparacion, y Confucio declara al mismo tiempo que él no es capaz de seguirle por todas partes en sus alturas y en sus profundidades.

Confucio tuvo hasta tres mil discípulos; de este número dió pruebas de distincion á setenta y dos, y más tarde, y de un modo más significativo á otros doce más. Estos discípulos eran en su mayoría hombres ya formados, que iban á consultarle cuando querian y sobre lo que querian. No era necesario que estuvieran siempre con él; bastaba que le hubiesen hablado ó que se hubiesen declarado por la doctrina de los antiguos: «No exijo más hombres que los que son necesarios, decia él. La doctrina que yo procuro inculcarles, es la de nuestros mayores enseñaron y ha sido transmitida hasta nosotros; nada he añadido á ella, como tampoco quitado. Yo la trasmito á mi vez en toda su pureza primitiva; yo no soy por lo que á ella respecta más que lo que un agricultor es con relacion á la semilla que echa en la tierra. De él no depende dar á la semilla una forma diferente de la que tiene, hacerla germinar, crecer y fructificar; la arroja á la tierra tal cual es, la riega y la cuida con esmero, y esto es todo lo que él puede hacer; lo demás no está en su poder.

Desde Yao y Cün, la santa doctrina se ha ido sucediendo sin interrupcion hasta nuestros dias; hagámosla transmitir por nuestra parte á los que nos han de suceder. Ellos seguirán nuestro ejemplo y la transmitirán tambien á sus descendientes, y de generacion en generacion se irá esparciendo su luz y sus influencias, hasta remontarse al cielo, donde tomó su origen. Unámonos al trono y y prefiramos antes morir que separarnos de él (2).»

Enseñaba, no en horas fijas ni en una forma determinada, sino siguiendo las circunstancias y á manera de conversacion. Un dia que estaba discurriendo sobre ciertas costumbres de la antigüedad, el rey de su provincia le preguntó por qué los antiguos emperadores habian establecido la costumbre de referir al cielo nuestros ascendientes en los sacrificios que ofrecian: «El cielo, le respondió Kung-Tseu, es el príncipe universal, es la fuente fecunda de la que han emanado todas las cosas. Los antiguos que proceden de esta fecunda fuente,

(1) Mem. sobre Lao-Tseu, Windisch., pág. 394.

(2) *Vida de Confucio*, por el P. Amont, t. XII de las *Memorias sobre los chinos*, pág. 314.